MARZIO G. MIAN

ÁRTICO

La batalla por el Gran Norte

Ariel

www.elboomeran.com/

Marzio G. Mian

Ártico

La batalla por el Gran Norte

Traducción de Carlos Gumpert

Ariel

www.elboomeran.com/

Título original: *Artico*

Primera edición: enero de 2019

Publicado con el acuerdo de Neri Pozza Editore,
en conjunto con MalaTesta Literary Agency
y The Ella Sher Literary Agency

© 2018, Neri Pozza Editore, Vicenza
© 2019, Carlos Gumpert, por la traducción

Derechos exclusivos de edición en español
reservados para todo el mundo
y propiedad de la traducción:
© 2019, Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.
www.ariel.es

ISBN 978-84-344-2951-2
Depósito legal: B. 27.569-2018

Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro
es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

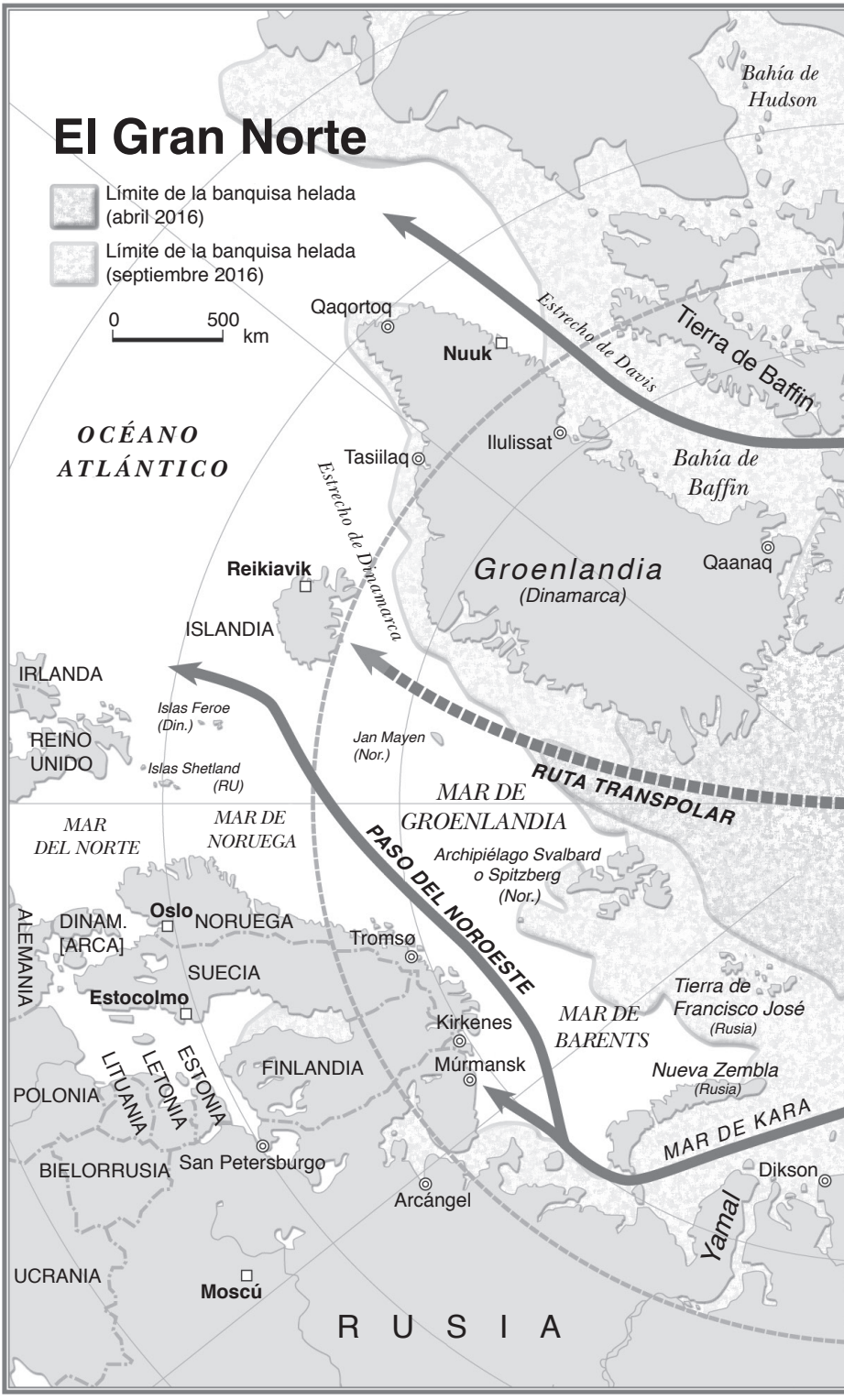
No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación
a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio,
sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso
previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva
de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita
fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

www.elboomeran.com/

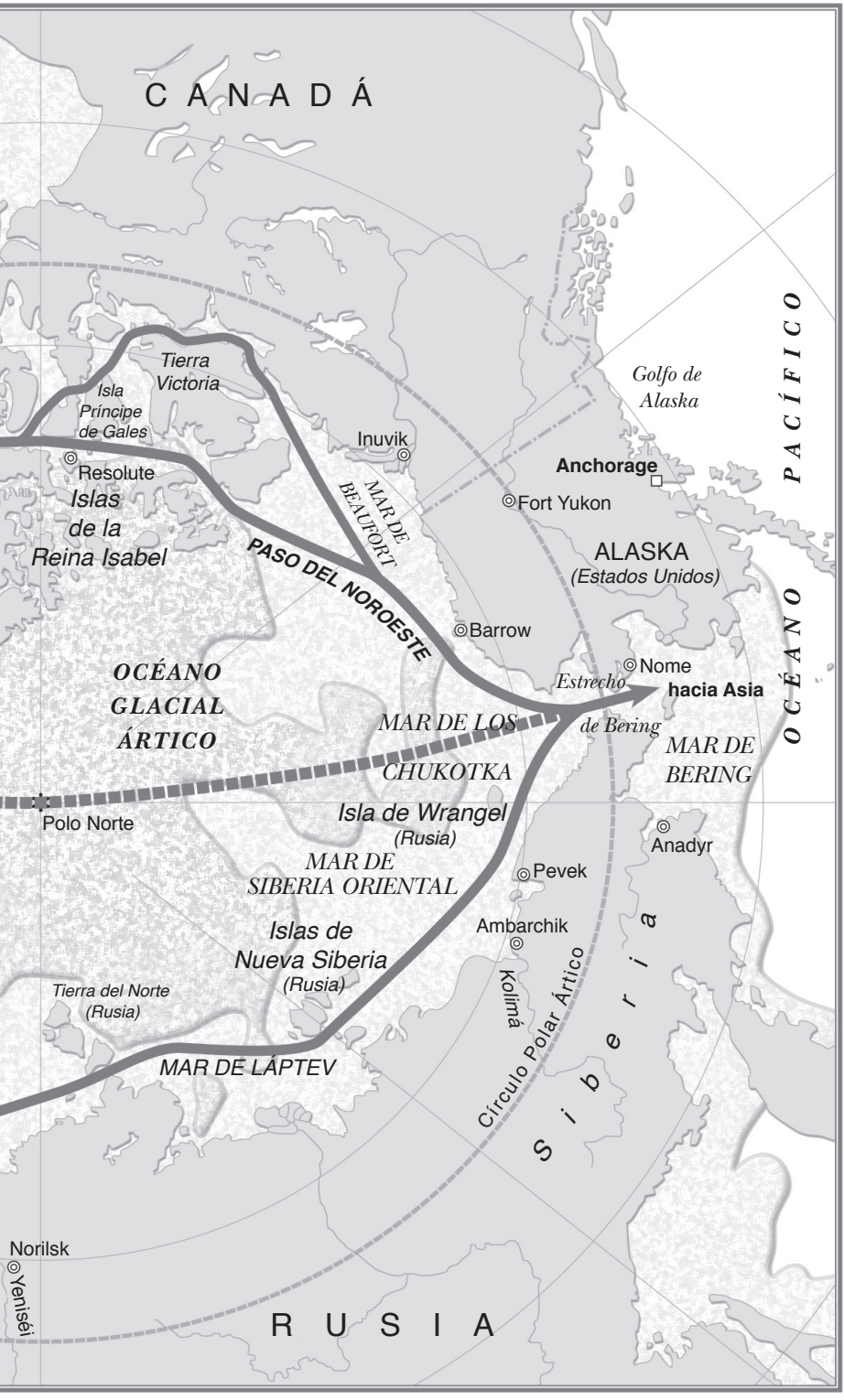
Índice

1. El general Verano 11
2. Rapsodia del caribú 59
3. Archipiélago Putin 103
4. Dragón Blanco 135
5. La profecía de Bóreas 173

www.elboomeran.com/



www.elboomeran.com/



www.elboomeran.com/

1

El general Verano

Si Niels Sakariassen llega a ser enterrado en la fosa que ha cavado en su huerto, esto significará que el espíritu de los árboles habrá vencido y que los gigantes de la mina habrán sido derrotados. En el año 2009, Niels terminaba de construirse una casa con sus propias manos cuando la compañía australiana GME, Greenland Minerals and Energy, comenzó algunos sondeos en la meseta de Kvanefjeld y descubrió el mayor yacimiento mundial de uranio y tierras raras, esos 17 elementos químicos esenciales para la civilización globalizada, utilizados para superconductores, imanes, teléfonos móviles, fibra óptica y alta tecnología militar. Junto a los edificios prefabricados de color rojo, azul, amarillo o verde distribuidos aleatoriamente entre las rocas, la de Niels es la única casa de Narsaq hecha de bloques de cemento.

Situada en un extremo del pueblo, surge reclinada sobre una ladera que desciende hacia el mar, fren-

www.elboomeran.com/

te a uno de los paisajes más poderosos e incontaminados de la Tierra: una belleza desproporcionada, de vértigo. El aturdimiento me hace pensar que tal vez exista también un síndrome de Stendhal relativo a la naturaleza, pero acaso no sea nada más que un simple malestar físico causado por mi incapacidad para encontrar una emoción adecuada al escenario: la cuesta da justo a la bahía, al nordeste de Narsaq, atestada por cientos de icebergs que se desprenden y descienden con austera e inexorable inercia desde el casquete glacial hasta sumergirse en el pequeño golfo azul índigo formando un atasco monumental, amontonados unos contra otros como en una metrópolis helada: rascacielos de hielo, fábricas de hielo, minaretes de hielo, catedrales de hielo.

Estallidos y rugidos desgarran el silencio y anuncian el colapso de paredes enteras; en la distancia podrían tener el tamaño de los acantilados de Dover o de los contrafuertes de Notre Dame, farallones que se abisman provocando pequeños tsunamis y la excitación de miles de aves. Después, los bloques madre recuperan el equilibrio; a veces se vuelcan y cabecean largo rato, durante horas, adquiriendo nuevas formas, ofreciendo retazos turquesa donde el hielo se derrite, de color aguamarina en la línea de flotación, en contraste con la muralla gris blanquecina en lo alto. Luego el celaje va deslizándose hacia el cielo occidental y el hielo adquiere en el crepúsculo tiernas tonalidades rosadas y expande una aureola anhelante de vida, de caducidad. Pero también de violencia. «¡Groenlandia! —exclamó el pintor Rockwell Kent

www.elboomeran.com/

después de naufragar en un fiordo glacial parecido a este—. Dios mío, ¡qué hermoso puede llegar a ser el mundo!»

Niels ha construido a propósito una amplia ventana para saciarse a voluntad de esas vistas cuando se queda en casa tallando sus colmillos de morsa: al norte de la amplia ensenada se delinea la barrera del casquete glaciar groenlandés, una cuña blanca en el horizonte montañoso, un deslumbrante macizo que parece un flujo de lava blanca desbordándose de un cráter que se deshace. Más allá de ese límite, el hielo se extiende miles de kilómetros hasta el Polo Norte, el ombligo del Ártico, en el reino de la Osa Menor. «Quiero que mis hijos y los hijos de mis hijos vivan aquí para siempre; vivir aquí es una felicidad que no tiene precio. Nadie es más rico que yo, no puede haber en el mundo una alegría mayor que la mía», dice. Y a través de las hendiduras de sus ojos se intuye la desesperada necesidad de una confirmación.

Ahora que el clima ha cambiado, Niels ha seleccionado seis tipos de patata, una producción que alcanza los 600 kilos al año, suficiente para familiares y parientes. Además, ruibarbos, brócoli y coles. Y sobre todo, arbolitos, un vivero en miniatura de pequeñas coníferas y arbustos de la familia de los sauces, bastante comunes en la tundra americana, pero que aquí fueron saqueados por los colonos vikingos en el siglo x y desaparecieron de forma definitiva, junto

www.elboomeran.com/

con los vikingos, con la última glaciación, cinco siglos más tarde.

En Groenlandia no hay árboles por ahora. Pero Niels dice que él mira hacia el horizonte, escucha el aliento del lugar, habla con el viento y lee en la luz: «En lugar de importar desde Dinamarca la madera necesaria para la construcción, podríamos plantar árboles, sobre todo aquí, en el sur, y dentro de veinte años seríamos autosuficientes». Mientras habla, camina con rabia entre sus criaturas por el terreno inclinado e irregular, acaricia el ralo follaje con la palma de las manos como si estuviera confiando su último saludo a un rebaño destinado al matadero. Está claro que entre esas frondas ordinarias y las manos sucias de tierra sucede algo íntimo y dramático. De vez en cuando el inuit, con los hombros inclinados y contraídos, se da la vuelta y me mira con ojos pequeños y desorbitados. Llora sin lágrimas, con la voz rota y estridente, a través de palabras que le salen del pecho con dolor; su idioma gutural parece casi un jadeo: «En cambio, solo piensan en las minas. Dicen que es la única forma de independizarse de los daneses lo antes posible. Pero ¿de qué nos servirá la independencia si estaremos dominados por las grandes compañías mineras, y respiraremos veneno y habremos perdido el alma?».

En cuanto se enteró de lo de la mina, Niels plantó un bosquecillo invocando el espíritu de los árboles para que crecieran hasta ocultar la vista de Kvanefjeld, una manera chamánica y propia de exorcizar la inédita realidad, es decir, el comienzo de las extracciones.

www.elboomeran.com/

Los árboles le han obedecido: si te colocas allí, bajo las ramas, efectivamente no ves la montaña. Como ocurría en Sarajevo durante el asedio, cuando la gente no levantaba la vista hacia el monte Jahorina con la esperanza de no atraer la atención de los francotiradores serbios. Si no miras el mal, nos decían, él no te mira a ti.

Sin embargo, frente al impresionante despliegue de inversiones y trabajos de logística de GME —incluyendo un hangar tan grande como cuatro campos de fútbol, construido entre la ensenada y la entrada al valle—, y constatando sobre todo la determinación del gobierno de Nuuk, la liliputiense capital de la isla (16.000 habitantes), en dar un paso histórico para Groenlandia, ha pedido al espíritu de los árboles que lo apoye en otro desafío. Con la ayuda de sus hijos, ha cultivado una nueva parcela de huerto eliminando grandes rocas hasta una profundidad de tres metros: «Si algún día me entierran aquí, eso querrá decir que habré ganado, yaceré muerto en mi querida tierra. En cambio, si lo de la mina se confirma, nos iremos de aquí y de Groenlandia: moriré muy lejos, no puedo aceptar que sea precisamente mi patria la que contribuya a envenenar el planeta».

Niels, como muchos de sus paisanos de Narsaq, podría no tardar en marcharse, porque la firma del acuerdo parece cosa hecha dada la servil disponibilidad, o complicidad, demostrada por el gobierno al conceder una y otra vez a GME ajustes adicionales en la valoración del impacto ambiental hasta que llegue a ser lo bastante decente como para blindar el *nihil*

www.elboomeran.com/

obstat. En tal caso, el golfo, liberado de los icebergs, se convertirá, de acuerdo con los planes de los australianos, en el puerto de la GME, desde donde partirán los grandes cargueros transárticos cargados con material radiactivo en dirección a China.

La mayor mina de uranio a cielo abierto del mundo se halla precisamente en Groenlandia, última Tule del planeta, y de eso se trata. Lo que suceda aquí, en el minúsculo y pintoresco Narsaq, tendrá un impacto simbólico mucho más amplio. Groenlandia habrá perdido definitivamente esa inocencia y diversidad custodiadas durante millones de años de existencia eremítica, lejos de la gran historia de la humanidad. Groenlandia era casi la Luna. Y de repente podría convertirse en una nueva África, un Congo boreal.

La fuerza magnética del Polo Norte atrae las paradojas más desconcertantes de la modernidad. La porción del mundo que paga el precio más alto por los efectos del cambio climático es también la que, por esas mismas razones, ofrece inmensas oportunidades de conquista y de poder, nuevas rutas marítimas comerciales, exóticos destinos turísticos, nuevas fronteras de desarrollo y riqueza, otras inexploradas, praderas interminables para la investigación y el progreso. Aquí, donde más terribles y extremas son las repercusiones de nuestra *hybris*, es donde se pone en escena la tragedia de su némesis. La apuesta en juego es inmensa.

El valor del petróleo y del gas estimado por el Servicio Geológico de Estados Unidos es de 18 trillo-

www.elboomeran.com/

nes de dólares, el equivalente a la economía estadounidense entera. El Ártico guarda el 40 por ciento de las reservas mundiales de combustible fósil, el 30 por ciento de todos los recursos naturales; pero es el mismo Ártico en el que cabe atribuir a las variaciones climáticas naturales solo entre el 30 y el 50 por ciento de su deshielo, según un estudio de *Nature Climate Change*. El resto se debe a la actividad humana, es decir, al consumo de combustible fósil. La fiebre polar, la carrera de la compañía Sati para apoderarse del botín de riquezas ahora disponibles en la región gracias al derretimiento del hielo, galopa a velocidad vertiginosa; el hielo, en cambio, adelgaza, se rompe, retrocede, se desvanece.

Y Groenlandia, Kalaallit Nunaat, la Tierra del hombre del Norte, con más de dos millones de kilómetros cuadrados —el 85 por ciento cubierto por el casquete glaciar— y una población de 56.000 habitantes que podría caber entera en el estadio de fútbol de la Juventus, es el epicentro de determinados acontecimientos que amenazan con perturbar el equilibrio mundial en este comienzo del milenio. Es el nuevo El Dorado y, sin embargo, está desapareciendo rápidamente. «Cuando el hielo se rompe, distingues al amigo del enemigo», me dice Angu, un joven cazador de focas de Upermavik, en el nordeste, donde ya en marzo no es posible usar perros de trineo porque la banquisa es un puré intransitable.

El Ártico, un lugar de cruda e implacable verdad, revela mucho acerca de nosotros: en efecto, desvela la hipocresía y la arrogancia de nuestra civilización.

www.elboomeran.com/

Pero tal vez sea también el último campo de batalla de la larga, cruel y apasionante guerra del *Homo sapiens* contra la naturaleza, espectacular escenario de nuestra voluntad de conquista y supremacía. Resulta extraño, sin embargo, que la historia de las consecuencias del cambio climático en la región donde este despliega toda su potencia de fuego, donde el calentamiento duplica el del resto del planeta, una historia tan intrigante y repleta de ingredientes como para alimentar la novela de aventuras de nuestra presencia en la Tierra, sea tan poco relatada en el terreno del enfrentamiento. Las noticias son fragmentarias y confusas, como ni siquiera ocurría en la época de las guerras púnicas. Tal vez porque parece ciencia ficción, algo de otro mundo.

Son historias que suceden en lugares demasiado lejanos como para que nos atañan directamente. Después de todo, pensamos, los problemas reales son otros, los que nos afectan más de cerca: por ejemplo, la llegada de los inmigrantes que cruzan nuestro viejo y achacoso mar. ¿Cómo es posible que ese desierto de hielo, tierras remotas, marginales e irrelevantes desde siempre en la crónica del hombre, lugares sin espacio ni tiempo, empiecen ahora a devorar la historia, a ocupar el escenario? Ni que el océano Ártico fuera un nuevo Mediterráneo donde se cumple el destino, donde todo ocurre y queda determinado.

El Ártico llama, la Tierra responde. Lo que sucede en el Ártico no se queda en el Ártico: es el mantra de los

www.elboomeran.com/

científicos. Cada cubito de hielo derretido en Groenlandia es una piedra que lapida nuestra civilización. El Ártico llama, el Mediterráneo responde.

Desde 2011, desaparecen en Groenlandia 375.000 millones de toneladas de hielo al año, el equivalente a un cubo de ocho kilómetros por cada lado y a 400 millones de piscinas olímpicas. Solo los dos glaciares más grandes del nordeste, Zachariae Isstrom y Nioghalvfjorden, en los que el proceso de deshielo es más evidente, son capaces de elevar los mares más de un metro. Si Groenlandia llegara a derretirse, ese metro se convertirá en ocho.

La isla más grande del mundo se compone de agua dulce congelada. Es el único residuo restante de la última era glacial, cuando glaciares de kilómetros de altura cubrían no solo Groenlandia, sino grandes áreas del hemisferio Norte. En la mayor parte de estas regiones —en Canadá, Escandinavia, Nueva Inglaterra y en la parte superior del Medio Oeste estadounidense—, el hielo se derritió hace 10.000 años. Groenlandia resiste por ahora. Es prácticamente un cuenco rodeado de montañas y un congelador lleno de hielo en su interior. Cómo se formó ese cuenco debajo sigue siendo un misterio: Groenlandia podría no ser exactamente una isla, sino un archipiélago de islotes unidos por hielo. En el fondo del cuenco podría no haber más que mar.

El casquete polar empezó a formarse con la nieve que caía año tras año hace 150.000 años, capas y capas de nieve convertidas en hielo a causa de la enorme presión. Los arroyos que crucé con los cazadores

www.elboomeran.com/

en la región de Tule —según me explicaron más tarde los científicos de una base climatológica estadounidense de la zona— eran hielo datado aproximadamente en la época de Julio César, cuando el Gran Norte empezaba en el canal de la Mancha.

El casquete del medio supera los tres kilómetros de profundidad; su masa es tan enorme como para deformar la Tierra, empujando el sustrato rocoso varios miles de metros dentro del manto. Su atracción gravitatoria influye en la distribución de los océanos. En los últimos años este casquete se ha despertado de su sueño posglacial.

La noche de Navidad de 2016, en el extremo nordeste de la isla, el más remoto y deshabitado, la temperatura superó ligeramente los 0 grados. En Milán hacía –3. Cuando los datos llegaron al Centro de Monitoreo Polar de la NASA en Goddard (Maryland), convocaron a los científicos, que estaban reunidos con sus familias para las fiestas, a una cumbre de emergencia: más que explicar, tenían que entender. «Un caso que podemos considerar aún excepcional, pero que sería imposible sin el cambio climático antropogénico» fue la interpretación de Friederike E. L. Otto, de la Universidad de Oxford. En el nordeste, la temporada cálida de 2017 superó durante 40 días el promedio anual; en 2016, la «excepción» fue de 25 días.

El derretimiento de un glaciar tan grande como el de Groenlandia da al traste con todo estudio consolidado; avanza con mecanismos imprevisibles y nunca antes observados, cual *tabula rasa* para glaciólogos,

www.elboomeran.com/

geólogos, oceanógrafos y meteorólogos. Sabemos casi todo sobre la extinción de los dinosaurios, pero el proceso de licuefacción de una isla tan grande como Texas, observada en tiempo real por 200 satélites y un sinnúmero de científicos —4.000 tan solo en Estados Unidos—, es un fenómeno todavía lleno de incógnitas y de sorpresas. Mecanismos que se autoalimentan y que activan continuamente otros nuevos.

Aunque sí se saben ciertas cosas. Por ejemplo, cuando el agua se acumula en la superficie, absorbe más rayos solares y deshace más rápidamente el hielo, en una suerte de «canibalismo del deshielo». El agua penetra, se abre paso en las profundidades del casquete groenlandés y crea remolinos y ríos subterráneos que desembocan en el lecho marino, en la base de los enormes glaciares que se extienden por el océano. Y donde el océano es más profundo, más tiende a ahondar: con un efecto de «chimenea», el glaciar absorbe el agua salada. Cuanto más grande y profundo es el glaciar, más rápido es el proceso de deshielo; al mismo tiempo, el agua lubrica la base y acelera el desplazamiento de la masa hacia el océano y, en consecuencia, el desprendimiento de grandes bloques.

El glaciar Jakobshavn, que siempre ha sido una fábrica de icebergs —incluido el monstruo que se cruzó con el *Titanic* en el Atlántico Norte—, aporta hoy por sí solo el 10 por ciento del total de los que abandonan el casquete polar. Hace 8.000 años, el Jakobshavn llenaba por completo el fiordo hasta la morrena; a mediados del siglo XIX, la línea de separación se había desplazado unos 15 kilómetros ha-

www.elboomeran.com/

cia atrás, y en los 150 años sucesivos retrocedió otros 20 kilómetros. De repente, a finales de los años noventa, el lento retroceso se convirtió en una rápida retirada.

Entre 2001 y 2006, el frente reculó 14 kilómetros. En los últimos 15 años ha cedido mucho más terreno que en el siglo precedente. Desde la década de los noventa, el Jakobshavn casi ha triplicado su velocidad. En el verano de 2012 fue el primero en romper todo récord desde que se efectúan mediciones: se retiró a una velocidad de 45 metros por día, unos 2 metros por hora. Parece una cuenta atrás, un reloj de arena en el que no cae arena, sino hielo. Que se convierte en agua. Menos Groenlandia, más mar; menos blanco, más energía solar que no es rechazada, sino absorbida, y añade calor al calor.

También se sabe que cada trozo de Groenlandia que se desprende se lleva consigo islas del Pacífico, aldeas esquimales en Alaska o villas en las playas de la Florida; que en las próximas décadas llegará el turno de Venecia, Miami y Nueva York... Pero hay oceanógrafos y climatólogos que buscan más cosas en ese nuevo mar de agua dulce que entra en el circuito marino global. Se mueven entre el este de Groenlandia y el oeste del archipiélago Svalbard, con un espíritu que recuerda al de los arqueólogos alemanes tras las huellas de las ciudades cantadas por Homero, atraídos por el principio de la civilización, por el alfa del mundo occidental. Estos hombres llevan trajes térmicos y,

www.elboomeran.com/

en cambio, excavan en los secretos de las corrientes, ese flujo de energía que gira bombeando la vida en los océanos, haciendo que el viento y las nubes se muevan.

Me desperté con ellos en la base Dirigibile Italia en las islas Svalbard. Huele a café, a pan tostado y a panceta chisporroteando en la sartén grande de hierro fundido. Fuera, la oscuridad adquiere algunas estrías gris perla y, desde los hielos del fiordo de Ny-Alesund, el más frío del archipiélago, llega una tenue reverberación azulada. Con la taza humeante en la mano se planifica el día: los físicos de la atmósfera irán a la torre meteorológica Climate Change; los químicos se dirigirán a Gruvebadet, el laboratorio equipado para la medición de contaminantes en el aire; y los geólogos se dedicarán a las actividades de campo. Los oceanógrafos se ponen los trajes de supervivencia y se encaminan al interior del Kongsfjorden, donde se viaja a una media de –30 grados.

Aquí el agua del fiordo en superficie es muy fría, –2 grados, y cercana al punto de congelación. Pero justo por debajo de esta capa hay otra de agua más cálida, que alcanza incluso los 6 grados, de modo que los dos oceanógrafos sumergen las manos para buscar algo de alivio. «El agua caliente suele ser menos densa y por lo tanto más ligera, debería flotar sobre la fría», explican. Pero la densidad puede depender también del contenido de sales disueltas, de modo que esta es agua salada y más pesada. Eso quiere decir que en el Kongsfjorden las aguas más frías y más ligeras son dulces y provienen de los glaciares groenlan-

www.elboomeran.com/

deses: «Al atraerla, distraen la corriente cálida que pasa por el exterior del fiordo, a lo largo de la costa norte de las Svalbard, es decir, la corriente de Spitzbergen, el brazo más septentrional de la corriente que parte del golfo de México; la misma que, después de rozar las costas europeas, acaba su viaje entrando en el Ártico para fluir justo por delante del Kongsfjorden. Eso significa que el derretimiento de los hielos groenlandeses cambia el curso de la corriente y que esta a su vez acelera el propio proceso del deshielo...».

Un estudio reciente ha demostrado que el agua dulce groenlandesa está frenando el curso de la corriente circular del Atlántico Sur. Normalmente las aguas ecuatoriales ascienden, se enfrían y regresan en círculo desencadenando la circulación atmosférica atlántica, que regula el clima y los cultivos. Ahora el mecanismo se está atascando y provoca sequías y desertificación en el Sahel, desde Mauritania hasta Sudán. En perspectiva, eso significa millones de refugiados climáticos e inmigración.

Sin embargo, hay un escenario tabú que atormenta a los científicos que trabajan en el Kongsfjorden. Desde hace millones de años, en el estrecho de Fram, que separa las islas Svalbard y Groenlandia, la corriente del Golfo agota su impulso circular y alimenta hacia el sur el recambio de aguas frías en el Atlántico gracias a un vórtice de hielo, agua y viento, el Beaufort Gyre, una especie de ventrículo ártico al oeste de Groenlandia que regula la circulación de los océanos y de las tendencias ciclónicas del mundo

www.elboomeran.com/

como un buen agente de tráfico. Pero ahora el estrecho de Fram se está convirtiendo en el escenario de una batalla inédita, que se libra entre la corriente de Spitzbergen y la corriente de Groenlandia Oriental, un impacto que genera una desviación de agua cálida hacia los glaciares de Groenlandia sudoriental: la prueba de que la corriente del Golfo se está debilitando en muchas ramas.

¿Podría llegarse a su total agotamiento? Una de las primeras consecuencias sería el final del clima continental en Europa. El peor de los escenarios, digno de la película *El día de mañana* y que los científicos serios evitan mencionar, es aquel en el que, sin la energía de la madre de todas las corrientes (que también se desarrolla a través de los vientos anticiclónicos), el Beaufort Gyre, el pistón de la máquina oceánica y climática global, puede dejar de bombear. Sería el omega de la civilización.

El todoterreno sube por el ancho camino de tierra; hay aguanieve y nubes bajas, y las siluetas jorobadas de dos bueyes almizcleros se recortan sobre una repisa montañosa en la distancia. En la radio dan una noticia sobre Oriente Próximo. «Esto era un sendero. La gente subía por aquí para recoger setas o buscar piedras preciosas, rubíes sobre todo. Ahora el camino está preparado para camiones, harán alrededor de 200 viajes al día», dice Ib Laursen, gerente de operaciones de la mina. Es un danés que desprende encanto, un hombre de apaciguadora franqueza, que pue-

www.elboomeran.com/

de parecer ingenuidad si se piensa en el cliché del mundo despiadado y opaco en el que trabaja; así que resulta más creíble cuando, con la misma elegancia, dice que no es la persona adecuada para proporcionar ciertas informaciones, que son precisamente las que serían noticia, como la opa de los chinos de la Shenghe Resources Holding sobre la australiana GME.

Ib se comunica de modo sofisticado, porque está en las trincheras, con las botas sobre la roca radiactiva. Podría parecer el afable responsable de una cantera de mármol travertino y, en cambio, es el hombre pararrayos que representa intereses de alcance global y cuenta las horas que faltan para abrir la mayor mina de uranio a cielo abierto del mundo. Una vez que llegamos a lo alto de la formación de magma, mira a su alrededor. Las colinas de detritos, residuos de años de sondeos, crean cierta sensación de incomodidad: «Algunas veces es mejor no disponer de un contador Geiger; cuando ves saltar los niveles de radiactividad no es fácil conservar la lucidez». Al fondo del valle, a solo seis kilómetros, están las coloridas casitas de la aldea de Narsaq. Se ve también el bosquecillo de Niels. «No puedes vivir en un museo —dice—. Groenlandia no tiene alternativas. Debe abrir su caja fuerte. Y tiene la gran oportunidad de demostrar que apostar por el desarrollo de los recursos minerales no significa convertirse en el Congo del tercer milenio. Esta no es una república bananera, hay instituciones, hay transparencia, se ha creado una unidad científica y legal independiente que controla cada aspecto del plan de GME.»